

ESE INCIERTO OFICIO DE LAS VOCES

Por

ALMENDRAMARGA

Saben ustedes y por si no se han dado cuenta yo les cuento que nuestro protagonista al ver pasar las nubes por encima del Cucurucho siempre se conmueve, como lo hacía al leer un poema de Becquer o un capítulo del Amor en los tiempos del cólera; cuando el sol se pierde despacio por el valle, sé que ya lo saben ustedes, pero yo se lo recuerdo, lo despide con la mirada, tras el visillo de sus cataratas como si fuera un último suspiro.

Seguro que se han fijado que de buena mañana andurrea un rato como baldiendo, luego se sienta en el "poyo" de piedra a descansar, ese poyo que nació el mismo día que él; saca del bolsillo un pichón de tela y se limpia la frente y la nariz; pasa una a una las hojas de los huertos sin cultivar y se entristece; lee en los renglones de los chopos aquellas frases difíciles de entender que leía en el libro que en la escuela tuvo y, cuando multiplica los ababoles con las carrascas, cierra los ojos y sube al Cucurucho pero no por la senda, lo hace por la pendiente, sube con la agilidad de un gamo. Al llegar a la cima se descuelga como un ave hasta el río al tiempo que su cabeza se acuesta en su hombre derecho. Parece dormido ¿verdad? Sólo recuerda. Con los dedos de las pestañas arrastra esos recuerdos hacia sus adentros y escucha voces, esas voces en las que los sentimientos se han cocinado en el fogón de la ternura con el amargo condimento de la nostalgia.

"¿Qué me queréis? Tened paciencia. ¿No sabéis que aún tengo oficio?"

"¡Aún tengo oficio!", afirma. "¡Aún tengo oficio!", grita porque sigue respirando y porque siente, ¡sí siente! y es ya su vida tan sólo oficio de sentimientos. ¡Sí! Esto quiero decírselo a ustedes en voz baja: tiene el oficio último de un hombre, ese oficio de dolores, esfuerzos y recuerdos, pero oficio al fin, no lo duden.

Tuvo otros oficios. En nuestro pueblo fue pastor y hortelano; segador, matarife, resinero y temporero en la fábrica de carburundum de Vadillos. Apenas tuvo tiempo para soñar ni más ocio que el descanso en su casa, disfrutando de los suyos porque compartir es disfrutar. Si bien casó con la moza que le gustaba no pudo sacar su familia adelante por más empeño que en ello puso. La familia crecía, hijos y más hijos, y no los recursos, los posibles, los bienes, por más que luchaba por ello, por más que se esforzaba con todos los oficios que podía abarcar. Desesperanzado un día se lió la manta a la cabeza y se marchó de su paraíso en busca de pan y futuro para sus hijos. Vendió todos sus bienes, todos menos su casa. También se desprendió de parte de su alma que se quedó para siempre vagando en el bosque y emprendió una nueva vida lejos, muy lejos. Tan lejos que no veía desde su nuevo hogar sus queridas tierras.

Vuelve a escuchar las voces. Son voces viriles, rotas por la vida y el trabajo.

"¿Te acuerdas del frío que pasábamos cuando, de madrugada, íbamos andando por sendas nevadas hasta Vadillos. Ese frío con dientes de

escarcha que nos traspasaba las abarcas y mordía los calcetines de lana virgen hasta comernos los mismos dedos? ¿Te acuerdas?"

"¿Cómo no me voy a acordar si aún tengo las cicatrices de los sabañones!"

"Vosotros... ¿No os acordáis de ese calor agobiante cuando resinábamos a estajo en el verano?... Sólo el agua fresca nos aliviaba y la brisa de la atardecida de aquella atmósfera de agujas de pino y serojas; sólo el humo de los cigarrillos de picadura nos libraba de mosquitos y tábanos"

Vida dura como piedra de galayo ¿verdad? Ya lo saben ustedes porque quizás algunos de ustedes también la han padecido.

Cuando estuvo de pastor en Los Altos, achiscando el ganado sin más compañía que las ovejas y los perros, sin más almohada que su hato, no tenía otro anhelo que el de bajar al pueblo, acostarse con su mujer, acariciar a sus hijos, conversar con sus padres y sus hermanos, con el resto de la familia. Esas maravillosas delicias que justifican en dulzura la dureza de la vida, ese placer de hogar que mitiga las penalidades.

No tuvo más remedio que marcharse, les vuelvo a decir, buscando nuevos oficios: una alfarería, una carpintería, una fábrica textil. Eran aquellos lejanos tiempos en el que las industrias del Levante demandaban mano de obra. El salario no era mucho, las muchas horas trabajadas le permitía sacar su familia adelante. ¿Cuántos oficios a lo largo de una vida! ¿Cuántas vidas se viven en una vida! ¿Verdad?

Ya saben que volvía a su pueblo siempre que podía y que ahora, que ya no tiene ataduras ni hijos a los que criar reside eternamente en su paraíso. Es este su último oficio en soledad camina y camina, apenas come, casi no duerme, está pálido y débil sin embargo siempre sonríe y esa sonrisa perfuma los campos como el tomillo y el espliego; cuando abre desmesuradamente sus ojos azules el día se ilumina con luz de dicha; cuando se frota las manos las huertas germinan a destiempo; cuando se le humedece la frente se forma la arroyada.

Esta tarde ha ido al Bronchero, con esfuerzo se ha agachado a beber agua y al sentirla en su boca el mundo se ha vuelto gris. Agua que discurre nueva cada día, fría, libre; esa agua recién nacida de la fuente, que transita del manantial al arroyo, del arroyo al afluente, de éste al río y al final, el mar; la mar al final. El agua le ha entristecido. Mira hacia la Cuesta Blanca buscando sosiego. No lo encuentra. Sabe que está cayendo la noche de la vida, despacio, como llega el crepúsculo en el estío, que puede oler el mar. Sube a la Fuente Grande, grande como una madre, lo hace por la senda que pasa por Las campanas del tío Milhombres. Vuelve a escuchar voces. Parecen llegar de la cueva. Pero ahora no son voces de hombres. Son voces de mujer, tan débiles que apenas se oyen.

"¿Y nosotras?" Eso dicen. "¿Acaso nosotras no tenemos oficio!" Escucha las voces que salen de la covacha.

"¿Claro que tenemos oficio! ¿Duro? Más que duro. Hemos sido hijas, hermanas, esposas y madres. Hemos atendido el riego de las huertas y su cuidado, lo mismo con el gorrino y las gallinas; hemos segado y trillado y pastoreado y hecho la matanza. ¿Acaso no sabes que hemos

cuidado a nuestros padres y, si ha sido necesario, a los padres de nuestros maridos? Hemos guisado y hecho pan, lavado en los lavaderos en verano e invierno, acarreado agua desde la fuente, cumplido con las labores de la casa. Hemos y amado a nuestros maridos; parido y ayudado a parir a nuestras vecinas; hemos asistido a nuestros hijos y a los hijos de nuestros hijos. Hemos trabajado en la tienda, la carnicería, el bar... ¿Hemos tenido oficios? ¡Claro que los hemos tenido! ¡Qué ingrato y poco reconocido estos oficios nuestros, estas penosas labores de mujeres! ¡Que poco nos hemos quejado! ¿Sabes por qué? Porque hemos sido felices viendo felices a nuestros esposos, a nuestros hijos, a nuestro padres y familiares, a nuestros vecinos. También nosotras hemos rehecho nuestras vidas lejos de nuestro querido pueblo adaptándonos a tierras extrañas, lejanas, hostiles a veces, sin protestar, hablando en voz baja, sufriendo por dentro, como una frondosa encina en medio de la dehesa, como la estoica y solitaria noguera"

Mueve la cabeza asintiendo, arrepentido tal vez. Recuerda a su madre, a sus hermanas, a sus hijas pero sobre todo a su esposa. Mueve la cabeza asintiendo, entendiendo a deshora la injusticia.

Ha llegado al manantial de la Fuente grande. Se ha descalzado; sumerge los pies en el agua, el agua de nuevo. No siente el frío. Hunde ahora las manos y luego se las lleva al rostro. Ha llegado la hora, la incierta hora del último oficio, ese inquietante oficio de brumas. Comienza la ascensión hasta la Molatilla, llega a lo alto, pero aún no es suficiente, sigue subiendo hasta el Alcor. Sube, sube. Quizás no lo volveremos a ver, quizás ya forme para siempre de ese oficio incierto de las voces, las voces de ellos, esos a los que tanto echamos de menos, sus voces.

"No sería voz si la providencia me encerrara para siempre en el interior del cristal de un ventanuco. No lo sería si me empotraran entre la madera de una puerta desvencijada, en el metal de la campana de la iglesia, en la piedra húmeda del pilón de la fuente de San Sebastián. No, no lo sería si fuera la hoja del olmo, la amapola del cereal, la celinda salvaje. Pero navego, ya lo hago. ¡Escuchadme! ¡Por favor os lo pido! ¡Escuchadme!"